

LA AVISPA

DIRECTOR: FERNANDO MATEOS AGUIRRE REDACTOR-SECRETARIO: RAFAEL DE ECHEVARRÍA

5 Esta Redacción es defensora ardiente de la juventud literaria española é hispano-americana, y admite para su publicación cuantos trabajos cortos y aceptables, en prosa ó en verso, procedentes de la *gente mosa*, se le envíen á tal fin. (No se devuelven los originales.) El que lo desee tiene derecho á reproducir los trabajos que publicamos, aun sin citar la procedencia, pero agradeceríamos que se citase. 3

CÉNTIMOS. — LA CORRESPONDENCIA AL GERENTE DON MARCIAL L. GUERRA, MADRID. BUZON CÉNTRICO, ALCALA, 23

REGALO DE 50.000 PESETAS

que hace LA AVISPA al afortunado de sus lectores que sea designado por la Lotería Nacional. (Véase la página 3.)



Portfolio de LA AVISPA.—Serie A.—El sueño de una modista.—Núm. 10.—Aquellas vaporosas *toilettes*, ligeras como el vuelo de una golondrina, que fué probándose una tras otra, realzaban sus encantos de tal modo que no pudo menos de exhalar un suspiro de satisfacción al ver su imagen hechicera reflejada en el soberbio espejo de Saint Gobain, colocado en el fondo de su *chambre à coucher*, sintiendo idéntica emoción á la que hubo de experimentar Eva cuando se contempló por primera vez en el limpio cristal de alguna fuente del Paraíso. Quedó en muda adoración de sí misma, como en delicioso éxtasis, y sonriendo de placer á lo que no era sino una ilusión óptica, la coquetería femenina, con sus múltiples recursos y sus poderosas armas, se la reveló de pronto, emanando de todo su ser, al modo de Minerva, saliendo de la cabeza de Júpiter.

(Fotografías de Huguens y Acosta, fotografiado de Rocafull, impresión de Hijos de M. G. Hernández y papel de Menéndez y Cañedo.)

LAS HIJAS DE LA LUNA

POR PAUL FEVAL

43

(Continuación.)

provincias grandes como la Francia, pero más ricas.

Los grandes propietarios de París y Londres serían mendigos en Mascát, la ciudad de las perlas y los diamantes... el depósito de la India... pero hace allí mucho calor. Vuelvo á Francia, porque comenzaba á aburrirme, dejando mi palacio, mis mujeres y veinte leguas de costa que me habían dado... Traigo apenas algunos millones... Ahora os toca á vos, mi joven camarada.

DOS SOMBRERITOS DE PAJA

Montalt había enumerado sus pomposos títulos con gran sencillez, pero á Enrique pareció que se burlaba de él, despectándose su exquisita susceptibilidad. Así es que, á la pregunta del nabab contestó con tono burlón:

—Pardiez, milord, ¡vaya una rara casualidad! Tal cual me véis, soy el primer ministro dimisionario de S. M. el buen rey de Lahor.

—¿No me creéis?—preguntó Montalt sonriendo.

—¿Por qué?
—Porque me contestáis como se hace á esos charlatanes de tabernas ó posadas conocidos por narradores de aventuras imposibles.

Enrique se mordió los labios con alegría: el golpe había dado en el blanco.

—Me parece—dijo—que si vos habéis sido general en jefe de los ejércitos del imán de Mascát, bien puedo yo ser...

—¡Qué niño sois!—interrumpió Montalt.
—¡La ignorancia es aún más increíble que la experiencia!... ¡Mis pasadas dignidades y mis millones os parecen una tontería y ridícula invención, porque me halláis en un carruaje público, no es así?

—El caso es...
—¿Veis esas soberbias sillas de posta que corren delante de nosotros?

Hacia, en efecto, algunas horas que dos sillas de posta habían adelantado á la diligencia, aparentando no querer perderla de vista.

—¿Y bien?—dijo Enrique.
—Cuanto contienen me pertenece, aunque he dejado en Brest las cinco sextas partes de mi equipaje.

—¡Ah! ¿Y por qué tomar entonces la diligencia?

—Soy muy caprichoso... Pero ¿no os parece que esas sillas nos envían mucho polvo?

—Sí.
Montalt sacó la cabeza por la ventanilla y silbó, como ya lo había hecho en el portal de las mensajerías.

Las dos sillas de posta se detuvieron inmediatamente.

Cuando la diligencia pasó junto á los dos carruajes parados, vió Enrique, asombrado, en una de las portezuelas dos cabezas negras y en la otra la fisonomía de una mujer joven, pálida y triste.

—¡Detrás!—exclamó Montalt.

La joven se sonrió dócilmente; las cabezas de los negros se inclinaron, y las dos sillas quedaron detrás.

—Soy muy caprichoso—dijo Montalt—y, á pesar de lo que he vivido, se me ocurren á veces ideas más propias de un niño que de un hombre. Nadie me ama en el mundo—continuó con acento melancólico,

co,—y quisiera tanto ser amado!... Vais á burlaros otra vez de mí por lo que voy á deciros y, sin embargo, es la pura verdad: he subido en esta diligencia esperando que la casualidad arrojaría en mi camino un ser á quien poder amar.

Enrique le escuchaba con admiración.
—¿Y esa mujer tan bella cuyo rostro acabo de divisar?—murmuró.

—¡Mirza!—exclamó el nabab.—¡Pobre joven!... Entendámonos. Cuando digo que quisiera ser amado, no me refiero á las mujeres. ¿Gusta el vaso vacío que un momento antes refrescaba el sorbete perfumado?

—¡Ah!—dijo Enrique.—¿Decís eso con seriedad, milord?

—¡No!—respondió Montalt, cuyo entrecejo se arrugó ligeramente.—Si queréis conocer mis ideas exactas, os las diré. ¡Odio la mujer, caballero, la desprecio desde lo más hondo de mi corazón!

Su mirada brillaba con dureza; su voz era fría y seca.

—Ya tendremos tiempo de hablar de estas cosas—replicó recobrando su sonrisa.—Quiero mucho á Mirza... la he comprado en cinco mil francos hace un año, y no me pesa... Pero aún no me habéis dicho quién sois, compañero.

En aquel momento pasó lentamente por el lado de la diligencia el coche amarillo y empolvado de la competencia, que, á pesar de los escuálidos jamegos que lo arrastraban, pudo tomar la delantera.

Las miradas de Montalt se dirigieron ávidas y penetrantes en el interior del coche, donde, medio ocultos por las alas de sus sombreros de paja, se mostraban dos encantadores rostros de niñas.

—¡Pardiez!—murmuró sin poner atención á lo que le decía Enrique.—Dios sabe que he visto muchas mujeres en mi vida, pero ninguna como ésas... ¡Las dos son encantadoras!... y, según me parece, las pobres van llorando.

—¿De quién habláis?—preguntó Enrique.

—¡Mirad!—exclamó Montalt, señalándole con el dedo el interior del carruaje.
Enrique miró, pero ya no vió nada; las dos viajeras acababan de correr las cortinillas.

Montalt hizo un gesto de despecho.
—¡Apenas salidas de la cuna—exclamó,—ya saben el medio de excitar los deseos!

—¿Me explicaréis?...—dijo Enrique.

—Después... Deciais que os llamáis Moreau y que seguís las huellas de Rafael... Buena carrera, por mi fe... Lo que más me agrada de vos es que no sois noble.

—¿Qué! ¿Aborrecéis también á los nobles?

—Algo menos que á los bretones y casi tanto como á las mujeres.

—¿Es decir, que aborrecéis casi á las tres cuartas partes de la especie humana?

—El número no hace al caso... Pasemos á otro asunto, si gustáis. ¿Qué opinión habéis formado de mí?

El joven titubeó un momento.

—¿Me permitís que os hable con entera libertad?—dijo al fin.

—¡Hablad!... Pero os advierto que no reclamo indulgencia.

—Pues bien, milord, á la primera mirada que os dirigí experimenté una impresión extraña... Algo me impulsaba á respetaros...

—No quiero respeto.

—Apreciaros. Después sucedió vuestra extraña salida... y luego... el desprecio que profesáis á las mujeres me desagradó.

—¿Luego estáis enamorado?

—Perdidamente.

—¡Diablo!... A vuestra edad, debía ha-

bérmelo figurado... ¡Vaya!... ¡Es particular! Hasta huyendo de las mujeres me causan daño. ¡Si supieseis!

Había como un recuerdo tan punzante y doloroso en estas palabras, que Enrique exclamó:

—Perdonadme, milord; mi intención no ha sido despertar vuestros pesares.

—¡Pesares!—interrumpió Montalt incorporándose.—No vayáis á tomarme por una víctima de amor... ¡Diablo! Camarada, guardad vuestra lástima para mejor ocasión. Yo no he amado nunca y compadezcó sinceramente vuestra suerte.

Enrique se sonrió tristemente.

—No soy como vos—dijo,—no desprecio la compasión, porque sufro.

Montalt le tomó una mano con movimiento de irresistible afecto.

—¿No os ama?—preguntó.

—Creo que sí.

—¡Lo creéis! ¡Oh! ¡Se apoderan de vosotros, cuando sois jóvenes, generosos, para exaltar fácilmente vuestros corazones hasta el delirio, y desgarrarlos después sin piedad!

—No habláis de ella, ¿no es verdad?—dijo Enrique.

—Habló de todas las mujeres.

—No habláis de ella—repitió Enrique con energía,—porque no permitiría que se lanzara, ni aun por incidente, un insulto que pudiese caer sobre su cabeza... ¡Tanto peor para vos si Dios os ha privado del goce del amor!... ¡Vuestra desgracia no os da derecho á calumniar la que no conocéis!... Es pura, ¿ois?... ¡Es noble... y la amo de rodillas!

La emoción del joven hacía temblar su voz.

—¡Siempre lo mismo!—murmuró Montalt.—¡Siempre son las almas más bellas las heridas por esa locura! ¿Queréis hablarle de ella y confiarle la historia de vuestros amores?

—¿A vos?—exclamó Enrique.

—A mí, que soy ya vuestro amigo—contestó el inglés con cariño.—A mí, que la amaré si os ama.

Habían sido pronunciadas estas palabras con una elocuencia tan persuasiva y verdadera, que el joven no vaciló, experimentando inmenso placer en desahogar su corazón al narrar la historia de sus amores con Diana, aunque sin pronunciar ningún apellido.

Montalt le escuchaba sin interrumpirle, asomando algunas veces á sus labios melancólica sonrisa.

—¡Oh, milord!—exclamó el joven.—Todo esto ha terminado... ¡Diana, mi pobre Diana! ¿Sé acaso si la veré más?... Vos, vos mismo, milord, la hubieseis amado como yo, si la hubieseis visto bajo las arboledas sombrías de aquel país encantado.

Montalt tenía los labios apretados y apoyaba su cabeza en los almohadones del carruaje. Estaba en uno de esos momentos en que la amargura de un recuerdo parecía revivir, haciendo destilar sangre á las heridas de su alma.

Enrique no le miraba.

—¡Diez y ocho años—continuó,—frente inocente como la de un niño, pero que se elevaba á veces orgullosa y valiente como la de una reina! ¡Ojos risueños, el cuerpo de una hada, la voz de un ángel y un corazón noble! Decid, milord, ¿en mi posición que hubierais hecho?

Montalt se incorporó con lentitud, mirándole friamente.

—En vuestro lugar, Mr. Enrique—contestó con sequedad,—no hubiera permitido que la pobre niña hubiese languidecido durante dos eternos años.

Enrique hizo un brusco movimiento.

(Continuará.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Y LECTORES

REGALO DE 50.000 PESETAS

La suerte mayor del sorteo de 31 de Agosto pasado fué el número 19.755, correspondiendo, por lo tanto, el premio del medio billete á nuestro lector D. Andrés Olmedo García, residente en Algeciras, calle del General Castaños, núm. 26, por habernos remitido el boletín núm. 19.825, el más próximo de los que jugaban, según puede comprobarse por el listín publicado en LA AVISPA del 20 del pasado.

Boletín del sorteo 30 Septiembre 1901

que deben de remitir antes del día 15 del citado mes de Septiembre los residentes en la Península, Baleares y costa de Marruecos. Los de Canarias, Fernando Póo, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Extranjero, se les aplicará al sorteo del mes en que se recibía.

Sr. D.

calle, núm.

de

NÚMERO QUE INDICA



Quisiera, entretener á mis lectores, más ó menos curiosos, con una de esas *cause-rías* intencionadas como un miureño y ligeras como un *vol d'hirondelle*, género literario el más difícil de todos, y que á tan alta perfección llevaron Sainte-Beuve en Francia, Addison en Inglaterra y Figaro entre nosotros; pero, por desgracia, aunque la voluntad es grande, casi tan grande como Allah y su profeta Aguilera, los medios son bien escasos...

Sin embargo, Dios será proveído y vamos por partes, pues tenemos que hablar de muchas y muy variadas cosas.

Miguel Unamuno, rector de Salamanca, fué á Vizcaya, no precisamente á llevar hierro, sino á quitarle, echando agua del Tormes en el *chacoalí* de los entusiastas vascófilos, haciéndoles un flaco servicio, pese á su procedencia del noble solar guipuzcoano, por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Yo, que soy vizcaíno no sólo por el apellido, sino por el corazón, no puedo menos de reprobar las exageraciones de dicho señor, que llegó á pedir algo así como la *ablación de la lengua euskara* (cual si fuera un vulgar cirojano), casi tanto como e pruebo las exageraciones de los que se

amotinaron en las calles de Bilbao para enseñar el vascongue de *viva vos* al distinguido filólogo.

**

¡No gana uno para sustos! Sánchez Moguel, el gran Sánchez Moguel, ha sido víctima de un atropello *incalificable* al atravesar el territorio mogrebita, donde había ido para estudiar de *cereza* las *costumbres* de los súbditos del sultán.

Se ignoran los detalles del suceso; pero al conocerlo, una terrible sospecha cruzó mi espíritu y pensé en seguida: El autor de esa agresión debe ser algún estudiante que, en vista de no aprobar la asignatura del Sr. Moguel, se fué al moro y allí se vengó.

El atropellado debe pedir una indemnización al Gobierno marroquí, y si retrasan el pago porque los *moros* se constituyen en *mora*, debe acudir á Maura, Moret ó al Duque de Santo Mauro para que le apoyen...

¡Pobre Sánchez Moguel! ¡Qué triste es su sino! Bien puede decir con el poeta:

Soy infeliz cual la que nace hermosa.

**

Lo que empezó por sainete ha concluido en tragedia, y para muestra basta un botón... de ancla. Molestados los marinos de nuestra escuadra por un *suelto* (¡cielos si llega á ser atado!) del popular diario donostiarra *El Correo de Guipúzcoa*, sin tocar zafarrancho siquiera se presentaron inopinadamente, en número de 30 ó 40 (es un mal número), en aquella redacción, que quisieron tomar al abordaje, cosa que no les resultó, pues fueron por lana y salieron algo trasquilados.

En la refriega resultaron con averías varios marinos asaltantes, y heridos algunos asaltados, entre ellos el Sr. Velasco, administrador del periódico, á quien estropearon un ojo.

Luego dirán los marinos que no hacen mal de ojo, y que el duque de Veragua no posee la *jettatura*.

Pero ya verán ustedes cómo S. E. sale diciendo que no es nada lo del ojo...

**

El Sr. Villanueva, después de deshojar varias margaritas, que echó no se sabe á quién, por fin se atrevió á hacer su viaje á Villafranca del Panadés, donde le aguardaba en clase de *fador* ó de *hombre bueno* el general Weyler, lo cual no tiene nada de particular.

Ahora sí que rabiará (de celos aparte) el Sr. Dato, el hombre de las grandes ovaciones, y á quien todavía deben zumbar los oídos de resultas de su *tournée* artística por Cataluña.

Tan agradecido está Villanueva á los catalanes, que me consta, por un vecino suyo, se ha echado una *barretina* para andar por casa, sin comer otra cosa que ali-oli, menestra y butifarra catalana á todo pasto.

Pero no es esto sólo, sino que, en su entusiasmo por Weyler, pedirá á Sagasta le nombre el *hereu* del partido fusionista.

Y en verdad que para ese viaje... quien resultaba mejor era Romanones, por aquello del Panadés.

**

Ya están descubiertos, convictos y confesos, los autores del crimen de Caramanchel, digo, de Carabanchel, gracias á varios grandes y á un chico, que si se reali-

za lo de la suscripción va á ser *chico en grande*.

Con este motivo estamos familiarizados con los *Arroperos*, el tío *Pacitos* y varias tías, que nos sabemos de memoria (así como los lunares que tienen, etc.), y el Muela, que ya no nos dolerá mucho.

Los detalles del crimen son espeluznantes, y por ellos se saca la convicción de que dieron al Sr. Agustí la misma muerte que se acostumbra á dar á esos *animales* con los que traficaba el infortunado don José.

**

La bestia humana sigue haciendo de las suyas, y días pasados dos dependientes de consumos abusaron de una desgraciada joven modista, que por carecer de recursos, harta de sufrir, salió de su casa con ánimo de no volver á ella...

¡Qué terrible drama palpita en todo esto, efecto de la miseria en sus distintas manifestaciones, y luego que me vengan esos sabios de *doublé* que banquetean en Lhardy á decirme que no hay problema social y que la propiedad está admirablemente organizada...

Aquí termino este balance, que me *sonrío* yo de los que hace el maestro Ferreras.

Y con esto y con un bizechocho...

Rafael de Echevarría.

POR IR SIN LENTES

Soneto.

Como á buen militar, me gustan mucho las muchachas que tienen buen palmito, y al mirar un semblante algo bonito corro tras él cual rápido aguilucho.

Aunque en la lid de amores no estoy ducho,

por las morenas ando siempre frito, y una rubia me ha puesto en cochifrito, haciéndome notar que soy machucho.

En negra noche poco iluminada ocurrióme una triste desventura, más para vista que para contada.

Iba yo en pos de cierta sombra oscura, y al dirigirla frase enamorada, volvió la cara... ¡cielos! y era un cura.

Fernando Halcón.

Concurso: núm. 6.

LA OBRA MAESTRA

I

Julio era un artista desgraciado. Sentía el arte con fuerza poderosa y sabía reflejar en el lienzo sus maravillosas concepciones, expresándolas con delicadeza y con vigor. Su mágico pincel no vacilaba al pintar la idea más escabrosa ni el pensamiento más atrevido. Todo lo invadía con su alma de artista, de artista verdadero, trasladando á sus cuadros el fuego de su imaginación exaltada y fecunda. Vivía para el arte, pero no podía decirse que del arte. No, porque aunque él sabía que sus obras no le producían lo suficiente para atender á sus necesidades de padre y de marido, no abandonaba sus pinceles, á los que profesaba acendrado cariño. No era ambicioso; si alguna vez soñó con la gloria, fué sólo porque deseaba dar una vida cómoda á los seres que de él dependían. Pero ¡ah! la gloria está muy lejana; él no la pretendía, porque estaba seguro de no alcanzarla. Trabajaba, sin embargo, y trabajaba mucho, porque estaba enamorado de su arte. Pensando en él llegaba hasta olvidarse de su forma humana, á olvidar que era hombre, que tenía una esposa

amante y un hijo amado, un precioso muñequito viviente que le llamaba *papá* con su voz de ángel y su boquita sonrosada. Soñaba con sus obras; cuando, encerrado largas horas en su modesto estudio, trabajaba, siempre con el mismo afán y con igual entusiasmo, sumíase en un profundo letargo artístico; dejaba la vida, y en su dulce sueño se elevaba a las más altas regiones de su pensamiento, donde su espíritu se recreaba contemplando gozosamente sus ideales más bellos... Allí se colmaban sus infinitos anhelos; allí su alma, sedienta de artísticas emociones, disfrutaba como el cuerpo abrasado al hallar un oasis consolador. Allí trabajaba en dulce éxtasis, pintando admirables paisajes que no existían, campos pintorescos y soberbias figuras, sin modelo, porque su modelo era sólo el producto de su ardiente fantasía. Vivía, en fin, largas horas en tan fantásticas regiones, y pintaba al mismo tiempo lo que soñaba, no lo que veía; forjábale un mundo ideal, absolutamente suyo, sin que viniera a sacarle de aquel extraño arrobamiento artístico nada, nada sino la dulcísima y débil voz de aquel pedacito de su alma que le llamaba *papá*. Cuando el artista permanecía mucho tiempo en su estudio, el niño aparecía en el dintel de la puerta, entreabriéndola suavemente, y dejando, apenas, asomar su rubia cabecita, pronunciaba, á guisa de llamada, aquella breve y mágica palabra que transformaba al soñador en realista, que convertía al artista exaltado en hombre vulgar. Al escuchar la tierna voccecita, Julio, como si despertara de un sueño pesado, sacudía nerviosamente su cuerpo, arrojaba sus pinceles y, levantándose rápidamente, corría hacia aquella figurilla humana que parecía simbolizar la sublime conjunción de dos almas y que constituía el altar de sus más puros amores. Le estrechaba fuertemente, haciéndole prorrumpir en risotadas francas de placer y gritos de alegría; acercaba los labios á sus mejillas y le besaba con locura... Luego le dejaba, y retirándose indiferentemente, con una indiferencia que contrastaba con aquella pasión anterior, pensaba hondamente en su situación misera, pensaba con terror en que aquella criaturita no viviría mucho; el médico lo había vaticinado... La anemia, la cruel y eterna compañera de los pobres, había hecho ya su presa en él. Para combatirla era preciso una alimentación costosa, un tratamiento metódico, muchas medicinas caras, dinero, en fin. ¡Dinero! Y él no lo tenía, aunque se esforzaba en conseguirlo, aunque trabajaba mucho, cada vez más. Sus obras, poco apreciadas ó mal entendidas, pasaban por las exposiciones ó los escaparates de las tiendas sin que nadie reparase en ellas; y si algún curioso se detenía breve rato á contemplarlas, se alejaba rápidamente murmurando: «¡Pobre autor! ¡Es idealista!» Meses y meses transcurrían de este modo sin que pudiera ver vendida ninguna de sus obras hasta que algún «excéntrico», como la mayor parte del público le llamaba, adquiría alguna, por el precio que ofrecía, cantidad que, aun siendo exigua, llegaba á manos de Julio muy mermada... Pero no desmayaba. Julio tenía un alma de temple especial, un fortísimo temperamento artístico que no podía ceder ante aquellas «pequeñeces», y cada día trabajaba con más fe y más entusiasmo en busca del laurel apeteído.

II

La triste profecía del médico se cumplió: la anemia llegó á dominar su débil cuerpecillo, y el alegre niño de la cabellera rizada murió una mañana de la son-

riente primavera. Tras una penosa noche el niño voló al cielo en un momento en que éste parecía abrirse, gozoso de recibir en su seno el alma pura de un angelito rubio. El cuadro que en el triste momento de su muerte se produjo fué realmente aterrador. La madre, transida de dolor, hallábase arrojada sobre la cama, ocultando su rostro entre aquel reducido ropaje, como si por la presión pretendiera ahogar su desesperación y dolor; el padre abrazado fuertemente al niño, con los ojos abiertos, muy abiertos, juntando sus mejillas ardientes á las del muerto, como si deseara comunicarle el calor del alma que á él le movía y animaba, como si quisiera impedir que la vida de aquel ángel se escapase de entre sus crispadas manos... Una cándida sonrisa se dibujaba en el rostro del niño, que parecía salir de la vida ganoso de arribar á la dorada costa de la gloria. La escena aquella, muda, pero elocuente, con elocuencia horrible y aterradora, impresionó tan vivamente á Julio, que le dejó anonadado, insensible, casi inerte; su razón se extravió, dejándolo en un estado de ensimismamiento constante, de apacible tranquilidad; no sentía nada, no oía nada, no hacía sino ver reproducir ante sí aquella escena horrible de dolor, que dejó mortalmente amenazada su fecunda vida. Era una sombra fantástica que le perseguía eternamente. Como en la conciencia del criminal queda grabada la huella del delito, así quedó en su imaginación esculpida la escena de la muerte de su hijo: con caracteres indelebiles. Encerrado en su estudio permanecía pacíficamente la mayor parte del día. Instintivamente, y quizás sin darse cuenta de ello, cogía un pincel, lo manchaba en un color cualquiera y maquinalmente, con marcada indiferencia, lo colocaba sobre el lienzo y comenzaba á trazar líneas y manchas que, como por un poder mágico y misterioso, se convertían en figuras de aparente realidad que saltaban del lienzo como para vivir la vida verdadera, y rápida é invisiblemente el blanco espacio se llenaba de colores diversos que le iban animando vivamente.

Así continuó algunos días. Seguía dando pinceladas descuidadísimas é incoherentes, dejando correr su mano agitada y temblorosa de un modo caprichoso, involuntario. Un día, Julio, ya restablecido casi de su rara enfermedad, penetró en el estudio más sereno y repuesto de su extravío, y al dirigir su vista hacia aquella obra de su locura, se halló sorprendido. Aquello no era un sueño como suponía, no; era una realidad viva, evidente, palpable; lo miró con atención y no pudo reprimir un grito, mezcla de entusiasmo y de dolor; algo misterioso é inefable que siente el que ve realizado un sueño eterno, y ve también en ello mismo la representación del dolor sufrido; fué un grito estridente, desgarrador, una exclamación de sorpresa, de terror, de duda, de consuelo... «¡Elisa! ¡Elisa!» gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y Elisa, pálida, trémula, conmovida, apareció súbitamente en el reducido cuartucho que llamaban *estudio*, y aterrada, al ver la pintura, que Julio le señalaba bruscamente, exclamó: «¡Ah! Julio, Julio, el niño, la muerte, todo, todo igual! ¡Dios mío!» Y los brazos de ambos se abrieron como expresando un mismo deseo que nacía de dos distintas voluntades; los brazos se cerraron, formando una cadena humana en que quedaron presos los dos cuerpos...

III

Pasó el tiempo... Julio conservó el cuadro como sagrada reliquia y sólo logró verlo un amigo cariñoso, que quedó en-

cantado de su hermosura. El amigo desahozó en elogios, y después de muchas súplicas y ruegos mezclados con halagadoras profecías, consiguió que Julio presentara su cuadro en un certamen artístico próximo á celebrarse. La Exposición se celebró y los periódicos de arte prodigaban sus elogios al cuadro de Julio, diciendo que por la realidad que respiraba, por lo atinado del colorido, por lo maravilloso, en fin, de su factura, debiera ser proclamado como una obra maestra del arte pictórico, digna de la firma de Velázquez, de Murillo, de Rafael, de Rosales, de cualquiera, en fin, de los ilustres maestros del sublime arte. Llegó la calificación y el Jurado, en absoluta unanimidad, concedió el primer premio al cuadro de Julio, que según pública y general declaración era un trozo de latente realidad. La noticia del triunfo fué llevada al artista por su cariñoso amigo, y Julio, que hasta entonces ignoraba el efecto que en el público hubiera podido producir su obra, acogió la noticia con frialdad, diciendo sólo en un tono de voz muy baja:

«¡Funesto premio! ¡Dios mío! ¡Triste gloria!»

FRANCISCO CASO.

LA DESGRACIA MAYOR

A mi distinguido amigo F. Trujillo.

No es la desgracia mayor para el hombre nacer necio, pues viviendo en el desprecio quizá se vive mejor. No es tampoco gran dolor albergar ruinas pasiones, ni el no tener condiciones de talento, genio y gracia: la más acerba desgracia... es nacer con ilusiones.

E. Povedano.

LO QUE DESEO

Dedicada á la Srta. Anita Molina.

Oír los gratos trinos de las aves, percibir el aroma de las flores, regalarme con músicas suaves, y dando rienda suelta á mis amores, que San Pedro me deje al fin sus llaves.

Marío Jiménez Lara.

¡QUÉ BONITA!

Sus labios son de coral, blanco su rostro hechicero, su mirada angelical: éste es el bello ideal de la mujer que yo quiero.

Rafael Sepúlveda.

Concurso: núm. 7.

LA TEMPORADA

CUENTO

Entre bocanadas de humo y sorbos de exquisito moka se relataban las aventuras de aquel Tenorio. Contaba la estadística mujeriega de D. Joaquín Norris, marqués del Vado, hembras de todos los calibres; con la misma facilidad consolaba á la compañera del que se estaba pudriendo en el cementerio, que adornaba la cabeza de algún marido descuidado.

Una enfermedad originada por la constante orgía hizo que nuestro héroe, aconsejado por un médico, dejara el bullicio de la corte por la tranquilidad del campo; tristes días se presagiaba D. Joaquín, pues aunque la primavera lucía sus galas, él no comprendía más vida alegre que la que hacía en Madrid.

Juana la Amapola, nombre que le daban las gentes de los alrededores por el color de sus mejillas, se hallaba en la alberca de la quinta «Aurora», de la que su padre era guarda, cuando vio que por el camino avanzaba un coche envuelto en una espesa nube de polvo que levantaban dos briosos caballos al ser aguijoneados por el látigo del mayoral.

—¡Padre, madre! —gritó Juana.—¡Ya viene el amo!

Al mismo tiempo que llegaba con sus padres a la verja de la finca donde se había parado el vehículo, un hombre bajaba de éste; era el marqués del Vado, que iba a cumplir el destierro á que le condenaba la ciencia.

—¡Bah! —se decía D. Joaquín á los breves instantes de estancia.—Creo que voy á sacar algo de la temporada.

.....

.....

Amanecía.

Al Poniente la luna arrojaba sus últimos haces de luz, al par que por Oriente Febo, cual niño madrugador, asomaba entre el celaje su dorada cabellera y enviaba sus acariciadores rayos á la tierra; el canto monótono de las aves nocturnas fué sustituido por los trinos de los pintados pajarillos que desde los árboles preludiaban la venida del día; los arroyos con sus murmullos, semejantes á idilio de amor, se deslizaban entre riscos y florecillas...

Aquel conjunto de luz y armonía convidaba á disfrutar de la naturaleza; así lo entendería el marqués, pues salió de su pabellón y se internó en una calle de árboles cuyas hojas eran movidas por el céfiro de la mañana. Largo rato hacia que vagaba por la finca cuando á sus oídos llegaron las últimas palabras de un cantar; volvió los ojos hacia donde parecía estar la persona que lo entonara, y allá á lo lejos vio á la hija del guarda, que recogía violetas en un cuadro; la posición en que se hallaba dejaba al descubierto el principio de unas piernas esculturales que remataban unas caderas capaces de despertar envidia á la misma Venus. El marqués, impresionado ante la vista de tales formas, dirigió sus pasos al sitio en que se hallaba Juana, la que al ruido de los pasos volvió la cara, lo que hizo ver al marqués unos ojos negros como el azabache y unos labios cual dos rosas.

—Buenos días, señor—dijo al verla.

—Buenos, hermosísima Juana. ¿No es así como te llamas?

—¿Por qué lo sabéis?

—Pues de un modo muy sencillo: esta noche estaba descansando de las fatigas del viaje y fui despertado por los acordes de guitarras y bandurrias que acompañaban á un coro de hombres que nombraban con frecuencia en sus cantares á una tal Juana, y de ello deduje que venían á rendir justo homenaje á tus encantos.

Juana permanecía con los ojos fijos en el suelo, mientras que su interlocutor se había acercado á ella hasta tocar con sus vestidos, y la miraba de una manera imposible para ella de resistir.

El marqués prosiguió:

—¿Tienes novio? ¿Era alguno de esos?

—Yo no tengo novio.

—Ni lo debes tener; tú no te mereces esa gente, tú eres digna de un hombre que te adore y que te ponga en tus orejas de nácar brillantes que hagan aureola á tu divino rostro, á tus caderas vestidos de seda...

Al decir esto, el marqués, sin poder contenerse, rodeó la cintura de Juana con su brazo y estampó un beso en sus labios.

Después... aquel hombre, conocedor de los resortes de la sensualidad, hizo que Juana cayera locamente en sus brazos.

*
*
*

Después de dos meses de temporada, un día, á la caída de la tarde, dos viejos en la puerta de la quinta «Aurora» contemplan desesperados un carruaje que se alejaba rodeado de una espesa nube de polvo...

LEONARDO COLINET.

JUICIO DE MIS VERSOS

Imitación de Campoamor.

¡Pobre inspiración la mía!
Ni un verso logro formar.
Ved lo que todos decían
mis cantos al escuchar:
Un revistero: ¡Qué malo!
Un poeta: ¡Es infernal!
Un cómico: ¡Darle un palo!
Un torero: ¡Ese al corral!
Mi portera: ¡Qué jumento!
El aguador: ¡No está mal!
Un vecino: ¡Qué talento!
Un chusco: ¡Sí, borrichal.
¿Será un sabio? Tiene chispa.
¡No se le puede aguantar!
El Director de LA AVISPA:
No me vuelva á molestar.

Antonio Agudo Ayllón.

Á UN ANGEL CAÍDO

Dedicado al distinguido escritor
D. Francisco Pedrosa.

Soneto.

¡Desgraciada mujer! Cuando en la orgía
vendiendo tus caricias oro adquieres,
¿no te acuerdas acaso tus deberes
la recta voz de la conciencia fría?
No del amor ni sus creencias ría
tu estoico corazón entre placeres;
no hagas ¡ay! que maldiga á las mujeres,
que ellas son mi delirio todavía.
¿Ves? La camelia que agostó el verano
imagen tuya es, Ángel caído
en el infecto lodazal mundano.
Tu funesta pasión echas en olvido,
que aún eres joven, y el amor tirano
aún puede hacer en tus entrañas nido.

Aurelio Asensi y Sanmartín.

¡NUNCA!

La virtud, como el hierro,
tienen su temple;
probar lo que resiste
no nos conviene...
Locura fuera
á lo que más amamos
poner á prueba.

Eduardo Vidal Puchals.

¡Imposible!

I

El amor, inspirado por el travieso niño, que sin cesar clava sus dardos en los corazones, fué el encargado de subyugar á Daniel á la voluntad de Gloria, á quien adoró frenéticamente desde la primera vez que sus ojos vieron dechado tan perfecto de sublimidad; puesto que sublimes eran los peregrinos encantos que adornaban su persona.

La conoció en X... pueblo pintoresco de Santander, que yergue sus albas casas junto al Cantábrico.

II

Gloria, que asemejaba un precioso modelo de Miguel Angel, por su celestial hermosura, era la admiración de cuantos la veían... Con su gracejo embelesaba, con sus ojos esparcía vívido fulgor y con su

aliento llenaba el ambiente de delicados perfumes. Su voz era, ora el alegre arpegio del canoro pajarillo, ya las dulcísimas endechas de Mozart ó Beethoven.

¡Cuántos, atraídos por su magnífica hermosura, suspiraban anhelantes de merecer las primicias de su amor!...

III

Daniel, á medida que pasaban los días, sentía en su pecho con más fuerza el amor volcánico que la profesaba, soñando continuamente en aquel ideal, que unas veces le parecía distinguir entre celajes de grana, y otras entre penachos de negro humo que se desvanecía poco á poco, hasta dejarlo envuelto en la penumbra. Y así transcurría el tiempo.

IV

Era una hermosa tarde estival; el Cantábrico se mecía dulcemente, lamiendo con sus aguas esmeralda las albas casas del pueblo X... Gloria, sentada en la playa sobre un peñón, contemplaba el mar incommensurable, que en atléticas oleadas perdíase misterioso allá en lontananza. Tan abstraída estaba, que no vio á Daniel, el que cautelosamente aproximóse á ella, ocultándose tras de su espalda.

Después de algunos momentos, aquella nueva Ofelia de Shakespeare, de cabellos rubios y tez blanca, volvió la cabeza inconscientemente hacia Daniel, exclamando sorprendida:

—¡Daniel! ¿Tú aquí?

—Sí, ya lo ves. Siempre atraído por el imán de tus pupilas, para mirarme como siempre en sus lípidos cristales. Para decirte una vez más que te amo, que sin ti es mi vida un suplicio... Para suplicarte que al fin des acogida en tu pecho á mi amor... á este amor tan grande como ese mar que á nuestros ojos se agita.

—Daniel, no puedo corresponder á tu cariño. Olvidame.

—¡Que te olvide! No puedo, Gloria. ¡Está en mi pecho tan arraigado!...

—Pues domina tu corazón, sé fuerte contra los embates del destino, y piensa que... nuestro amor es imposible.

—¡Imposible! ¡Imposible! —articuló Daniel con acento sarcástico y sombrío, cual el mismo Harold, al par que corría hacia el mar, donde se arrojó, perdiéndose entre sus ondas.

.....
La noche empezaba á cerrar. En el cielo sólo del Véspero se veía la titilante luz, y el Cantábrico rugía al estrellar sus aguas entre las rocas, donde repercutían aún las últimas palabras del infeliz suicida.

Antonio D. Cañas.

¡VIVA CABALLERO!

Al Sr. D. Esteban Caballero.

Señor don Esteban
(mi amigo sincero):
He visto en LA AVISPA
un verso muy bueno
que va dedicado
á mis compañeros.
Pues yo muy ufano
por todos contesto,
y grito muy alto:
¡Viva Caballero!

A. J. Zapata.

RETAZO

Retrato tan admirable
le han hecho al locuaz Servando,
que todo áquel que lo ve
exclama al punto:

—Está hablando.

Adolfo Sánchez Carrere.

Nocturno. (1)

I

Caía la tarde.

Los pájaros con su armonioso coro de suaves trinos daban el postrer saludo al día que espiraba. La noche iba paulatinamente cubriendo con su denso manto de sombras á Aldeahermosa, cuyos habitantes en animados grupos tornaban á sus hogares para descansar de las diarias y rudas tareas del campo.

Entre aquellas alegres mozas frescas y lozanas como las flores de Mayo, y cuyas voces, lanzadas al aire en cadenciosas notas de una canción de amor, confundíanse con el ruido monótono de las aguas del caudaloso río que baña aquellos alrededores, Mari-Juana, la hija del tío Terrones, era la más hermosa. Aquellos ojos grandes y negros como la noche, aquellas mejillas de rosa, aquella cara, en fin, en aquel cuerpo de modeladas formas, le daban cierta semejanza con esas imágenes que el arte ha creado para más excitar la devoción de los fieles... Pero el sufrimiento estaba en Mari-Juana en razón directa con su hermosura... Sufría mucho... ¿La causa? Un hombre, *Joseliyo*, el mozo más gallardo en unas cuantas leguas á la redonda, y á quien la chica quería á cegar á pesar de que él solía con bastante frecuencia quebrantar tantos y tantos juramentos, tantas y tantas promesas de amor que un día le hiciera allá, junto á la reja de aquella casa de labor que el tío Terrones llamaba suya gracias á los innumerables sudores pasados en otros tantos días de fatigosos trabajos.

II

Aquel día, más que nunca, pensaba Mari-Juana que *Joseliyo* no la había olvidado... ¿Por qué habría faltado aquellos cuatro días que en vano le esperó jugando á ratos por entretenerse con las enredaderas que orlaban la ventana? Lo ignoraba, pero no se atrevía á pensar mal... Por más que era raro que en el campo nadie supiera de él... ¿Y en su casa?... ¡Bah! En su casa era inútil preguntar, porque no se ocupaban poco ni mucho del muchacho... ¿Si tendría razón el tío Terrones al decirle que *Joseliyo* era un granuja y darla aquella retahíla de consejos que la ponían la cabeza como un bombo?... Andrés le había dicho al viejo que aquel hombre no era lo más á propósito para marido de su hija; pero había que tener en cuenta que Andrés podría decirlo por envidia, por cuanto que quería á Mari-Juana más que á todas las cosas de este mundo, como él decía siempre que hablaba de ella...

III

Cerró la noche.

Únicamente la luna alumbraba las blancas fachadas de las pequeñas casas de Aldeahermosa, donde ya todo era silencio, interrumpido sólo á intervalos por el viento al rozar las ramas de los árboles y el ruido producido por el aleteo de algún ave nocturna que con sus graznidos siniestros hacía temblar á Mari-Juana, que esperaba, como de costumbre, á su *Joseliyo*, cuya voz pareció escuchar á lo lejos. Era él, en efecto, que venía cantando:

(1) Refundición de la preciosa novela corta *Mari-Juana*, de Federico González Ruiz, publicada en Tarragona (1899).

Son los ojos de mi niña
como los rayos del sol,
y el tiempo que estoy sin verlos
me falta vida y calor.

Un momento después todo era confusión. El tío Terrones había equivocado la puntería, y en vez de hacer la descarga sobre aquel *bandido* que, según él, le robaba la felicidad de su hogar, había tomado por blanco á su hija, á la hermosa Mari-Juana, que yacía tendida en la habitación junto á la reja, por la que penetraban los plateados rayos de la luna iluminando indiferentes aquel cuadro, cuyo marco de verdes enredaderas y violáceas campanillas desapareció bien pronto á falta de una mano amiga que las regase...

Constantino Pla.

A UNA VIUDA

Señora, desde el instante en que vi á usted en Recoletos sentada y en expectante actitud, rendido amante, le revelé mis secretos. Le expliqué mi posición social y mi profesión, y añadí:

—Yo soy artista, poeta, pintor, pianista y hombre de empuje y acción; amo lo bello y lo fino, y con mucha agilidad canto, bailo y hago un trino sobre la copa de un pino; diga si es habilidad. Las viudas son mi elemento, mi musa, mi afán, mi gloria é ilusión, y sólo siento dudar usted por un momento de que vive en mi memoria. Para un artista, señora, una viuda, sin cumplidos, es la lira más sonora, la más sonriente aurora que ilumina sus sentados. ¡Tenga, por Dios, compasión, pues no hay en todo Madrid quien ame con tal pasión! Espere contestación.

Manuel Serrano del Cid.

AL NIÑO LAURENÍN

Soneto.

Pasaste por el mundo en rauda vuela,
que al contemplar cuán misera es la vida,
trocaste por la tierra prometida
aqueste cenagoso y triste suelo.

¡Ay! Quién, cual tú, precioso pequeño,
pudiese al mundo dar la despedida
para verse al final de su partida
por siempre entre los ángeles del cielo!

Y aunque tu muerte me robó la calma,
y aún conservo tu adiós en mi memoria,
mitigase la pena de mi alma,
pues día ha de llegar que allá en la gloria

en el puesto que me hayas tú elegido,
te abraze éste que tanto te ha querido

J. Corona y Fernández.

AMOROSA

Dedicada á la Srta. M. Navarro.

Por más que apuro mi mente pensando en mi amor pasado,
mi corazón sólo siente
que en vez de su fuego ardiente
sólo ceniza ha quedado.

Finjo caricias, que van á estrellarse en su desvío
¿En donde está vuestro afán?
Tu pecho, que era un volcán,
está también como el mío.

Hasta tu sonrisa leve,
que fué mi dicha más grata,
la indiferencia la mueve.
¡Ay! El copo de la nieve
al blanco lirio maltrata.

J. Diago.



Si bien han inaugurado ya su campaña dos teatros, pocas líneas podemos dedicarles, puesto que Apolo y el Cómico, á quienes nos referimos, han celebrado su primera función con obras juzgadas por el público y la crítica en la temporada anterior.

En el Cómico se pusieron en escena «La mascarita», «La tremenda», «Los monigotes del chico» y «El tío de Alcalá», siendo en todas ellas aplaudidos sus intérpretes, especialmente Loreto Prado, artista que sabe subyugar al público por su talento y gracejo, así como por la facilidad en acomodarse á los tipos que representa.

En Apolo sucedió lo mismo: «La buena-ventura», «Los niños llorones», «Dolores», «El ojo derecho» y «El género infimo» fueron tan celebradas como en las noches de su estreno. Aquí hubo que repartir los aplausos en un más numeroso cuadro artístico; pero como aquellos no escasearon, pudieron tocar á buena parte cada uno de los apreciables artistas á quienes tan fiel devoción guarda la numerosa concurrencia que hace años viene favoreciendo este teatro.

Que estrenen pronto y con feliz éxito es el sincero deseo de.

Diego Garvi.

AÑORANZAS

Dedicado á la Srta. Isidra Fernández.

Entre el rumor de alborotada fiesta
tú olvidarme podrás;
pero al quedar con tu conciencia á solas,
mi nombre evocarás.
Tú fingirás indiferencia al verme
ó desprecio tal vez;
pero así que me aleje, con tus ojos
besarás las señales de mis pies,
Tú podrás maldecirme, abominarme
con todo el corazón;
pero olvidarme para siempre... ¡oh, nunca!
¡Si no te olvido yo!
Tu desdén fué alimento de mi alma.
Más perdonada estás.
¿Puede el tirano que de amor nos mata
olvidarse jamás?

Augusto Miguel

¡MENTIRA!

Consuelo tienes por nombre;
no debes llamarte así,
pues tu consuelo no sirve
para consolarme á mí.

Emilio Guillén.

IGUALDADES

Después de cavilar me ha parecido
esta vida de abrojos y de espinas
(con el perdón de usted por lo florido)
igual á una escalera... de gallinas.

Daniel A. Lemaître.

CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN

E. P.—Quedan retiradas «Moléculas»; último original entra en turno.

J. C.—Valladolid.—Se publicará.

A. P.—Su *confidencia* es un poco peligrosa; mande otro trabajo menos expuesto.
L. V. P.—Se publicará fuera de concurso.

Morsamor.—Idem de lienzo.

Las castañeras picadas.—Aunque se piquen ustedes más, debo decirles que su cuento parece de Zola.

L. E. L. de H.—Demasiada forma para tan poco asunto.

J. de U.—No lo tome usted á mal, pero le diré en secreto que adolece su soneto de ser poco original.

La «Rápida» se publicará con la rapidez posible.

J. S. A.—Pobre de ideas.

R. J.—Por más que se ha leído varias veces, no hemos acertado el jeroglífico.

E. H.—Entran en turno.

J. P.—Aunque está un poco en *bru...* su disparo poético á la *idem*, se publicará.

M. N.—Castellu'lit.—Esas cosazas sólo pueden escribirse allí.

R. L.—¡Si viera usted qué poco higiénico resulta escribir ciertos esperpentos y tener luego que leerlos uno en plena canícula!

J. V.—Elche.—No sea usted tan vivo de genio, pues no es el único á quien debemos contestar.

Manolo.—¿Conque ha mandado usted la misma décima varias veces? Pues dispensa, Manolo, que no lo sabía.

A. D. C.—Puede usted estar tranquilo. El *violín de Andrés* va al concurso y el resto se publicará en su día.

Verdes.—Algeciras.—Eso dijimos a examinar sus *Quisicosas*; ¡están verdes!

El Timonel.—¡Cualquier día nos embarcamos con usted, hombre!

R. H.—Será usted servido.

La Pulga.—Váyase usted á... ver El género *infimo*, Alcalá, 49.

Carcamal.—Avilés.—Bueno para hacer la digestión.

Navascués.—Cuando tenga usted un poco más de *hortografía*, hablaremos.

T. S.—¿Tiene usted fábrica de papel continuo?

Ranchero.—Mérida.—Nuestros lectores no disfrutan de tanto estómago.

J. A.—Se publicará por aquello de que en tierra de ciegos, etc.

R. S. E.—Entran en turno.

H. A. A.—Se publicará aunque es «Sólo á ti».

E. A. O.—Aunque está usted tan desengañado de la vida, se publicará.

M. G. G.—Como no somos rencorosos publicaremos sus cantares.

J. I. V.—Entran en turno.

R. I.—Es inútil remita sellos; las cartas sólo se contestan en esta sección.

B. C. J.—Viladecans.—Aunque «El herrero» de usted tiene pocos puntos de contacto con el de Velázquez, se publicará, pero fuera de concurso.

El Tío vivo.—Y tan vivo como es usted, porque hace algún tiempo escribió este cura lo mismo en el *Madrid Cómic*.

R. M.—Gerona.—Huelen demasiado á menta y no sirven para el caso.

L. H.—Será usted servido.

El Pescador de caña.—A juzgar por el epigrama que manda, me parece que no sabe usted lo que se pesca.

R. B.—Su trabajito entra en turno.

C. G. M.—Mándenos otro cantar que no sea tan ramplón.

A. L.—Béjar.—Se publicará.

A. del R.—No extrañe la tardanza, por el exceso de originales que hay en cartera.

M. H. N.—Limándolo un poco, se publicará.

Argumosa.—Laredo.—Eso que nos envía apesada á sardinas. Mande otra cosa.

P. L.—Nava'peral.—Ese género está muy gastado.

R. J. A.—El concurso de historietas ha quedado desierto, por no reunir ninguno de los trabajos condiciones apropiadas.

J. C.—El soneto de usted tiene *reminiscencias* de otro de Rueda, así es que no lo publicamos, por si acaso.

T. B. y E. M. L.—Aprovecharemos la más corta de sus charadas, que es la segunda.

A. G. G.—Sus cantares entran en turno; no hay que impacientarse por tan poca cosa.

M. L. M.—Su *poesía* dedicada á Marina no es publicable, entre otras cosas, porque no se puede tocar á la Marina.

E. G. J.—La contestación que se dió en el núm. 55 de LA AVISPA á las iniciales E. G. no se refiere para nada al Sr. P. del C.

F. R.—Su charada aparecerá en el próximo número.

S. y R. P.—El cuento se publicará fuera de concurso y las poesías entran en turno.

L. P. C.—Idem de lienzo por lo que hace al cuento.

R. A. T.—Entran en turno.

El Calladito.—En vista de que ha roto usted el silencio, le diré que sus trabajos se publicarán.

CORRESPONDENCIA DE ENCARGOS

Nuestros suscriptores tienen derecho á que se les ejecute gratuitamente cuantos encargos puedan convenirles en esta corte. Para recibir contestación particular deben enviar un sello de 15 céntimos; de no, se les responderá en esta sección.

J. G. y G.—El tiempo mínimo por el que se puede hacer la suscripción á LA AVISPA es por seis meses, que importan 2,50 pesetas.

Lo que le participamos en contestación á la pregunta que nos hace en su carta del 1.º del actual.

R. A.—Tarifa.—Los veinte números de LA AVISPA que desea le costarán 4 pesetas, ó sea á razón de 20 céntimos cada uno, por tratarse de números atrasados, debiendo remitirse dicho importe en letra del Giro mutuo ó otro valor de fácil cobro.

R. G.—Hato Viejo (Guayabal) Cuba.—Queda hecha la renovación á la suscripción de usted, que finalizará el 10 de Septiembre de 1902.

El número correspondiente al 10 de Junio último que nos pide le ha sido remitido por este correo.

J. E. S. C.—Algeciras.—No debe usted extrañar que algunos de los números que dice ha remitido para los sorteos de LA AVISPA no hayan tenido cabida, pues los boletines que no se reciben para el día 15 de cada mes no tienen opción al sorteo.

Por lo tanto, en lo sucesivo procure que los cajetines que remita lleguen á esta Administración para la indicada fecha.

S. L. M.—Toro.—Hemos encontrado al fin la máquina que usted desea en muy buen estado de conservación, y piden por ella 75 pesetas, último precio.

Si le conviene remita fondos inmediatamente para no perder esta oportunidad.

R. B.—Valladolid.—Recibidas las 100 pesetas, que serán distribuidas en la forma que expresa en su carta.

Ya le contestaremos respecto del otro encargo que nos hace.

R. Muñoz.

SECCIÓN RECREATIVA.

Las soluciones á los pasatiempos publicados en nuestro número anterior son como sigue:

- 1.º—ROSALIA
- 2.º—RESINA
- 3.º—REMEDIOS
- 4.º—REVERTE
- 5.º—AMENIDAD
- 6.º—LEOPARDO
- 7.º—DESPRECIO

Habiendo dado soluciones conformes don Octavio Mateos, D. Antonio Torres, Los Melancólicos, Los Dos Aollitos, Pepito, Ra-

fael y Juan, Basilisa y Diego, Un Amigo de Barbajosa, Aemeyelepé, D. Antonio Niño Orbañanos, D. José Esteban, D. Basilio García Herreros, D. Francisco Pedrosa, D.ª Carolina García Camarasa, D. Sixto Marín Cano, D. José Gómez Rochera, D. F. Herrera y D. Agustín Ruano, de Madrid; D. J. Armán y Santillana, de Burgos; D. Rafael Ayala, de Tarifa; D. Alfonso López, de Espiel, y D. José Rodríguez, de Santander.

PASATIEMPOS

CHARADAS

1.º

Vé y avisa *prima* todo que la *dos* que me han traído tres su casa no ha servido; más que *dos* parece lodo.

Los Dos Aollitos.

2.º

Prima *tercia* es animal que siempre vive en el agua, donde crece y se alimenta sin que necesite nada. La *segunda* con *primera* es fruta y raza á la vez. La *segunda* con *tercera* un animal también es. Y el *todo* es un nombre propio empleado en la mujer.

Un Amigo de Barbajosa.

3.º

Al *dos* *prima* dale, dale, porque impaciente me espera mi *una* *segunda* *tercera*, que sé muy bien lo que vale.

Aniceto Ransanz.

4.º

Obra de un autor francés es la *cuarta* repetida.

Prima *dos* es una planta que en España no se ve. *Dos* *cuarta* *tercia* y *prima* su cántico suele gustar, y no te canso más, lector, con la *todo* serenata te daré.

Aemeyelepé.

5.º

Prima *dos* el carnícero usa para su trabajo; *dos* *primera* es una letra que tiene el abecedario, y el *todo* un hermoso río que en España es afamado,

Luis María Molero.

6.º

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

O Perro o so

Julio Cola Belver.

7.º

Rostro Hortaliza.

Andrés Olmedo García.

Todos los que remitan á esta Gerencia una solución antes del día 19 del actual mes de Septiembre tienen derecho á adquirir por la mitad de su valor uno de los libros que editamos y que van detallados en el catálogo especial *RESERVADO* que, enviando un sello de 15 céntimos, remitimos bajo sobre cerrado, pues por su índole *ESPECIAL* no puede mandarse como impreso.

A. BORRÁS.

Nota.—Por acuerdo de esta Redacción, no se admitirán pasatiempos en lo sucesivo si no vienen firmados.

